

resucitarles la presencia de aquella nave, como para proporcionarles una nueva ocasion de morir?

VIII.

Mas la deportacion tiene un inconveniente: ella hiere, pero no intimida: es el terror detrás de una cortina. En materia política, es preferible la pena de muerte. El cadalso aparece en público, y la vista del cadalso inspira siempre serias reflexiones. Cuando una vez se invoca la implacable Némesis de la seguridad pública, infaliblemente ha de llegarse un dia ú otro á este trance, por la fuerza misma de la lógica.

Si no fuera mas que para castigar el asesinato político, cualquiera que sea la opinion del siglo sobre la utilidad del verdugo, seria preciso guardar silencio. Hay ciertas cuestiones que no es lícito prever ni tocar, porque causan demasiada turbacion en el fondo de la conciencia, para que esta consienta en fijarlas un sitio en ninguna teoría. La filosofía necesita olvidarlas en cierto modo, como la legislacion romana habia olvidado el parricidio.

Un hombre regresa de noche á su casa; oculta su cabeza entre ambas manos, y allí, estraviado en las tinieblas de su pensamiento, y destrizado por su propia cólera como por una lepra del alma, juzga y condena á muerte á otro hombre, sin la intervencion de ninguna otra autoridad. Despues de haber usurpado de este modo el derecho de la sociedad entera, carga sin emocion una pistola, ó afila una cuchilla, y emprende la marcha con paso silencioso á lo largo de los muros, para venir á añadir un poco de sangre á una página de la historia, y proporcionar al escepticismo una nueva ocasion de calumniar á la humanidad. ¡Oh! este asesino (lo diríamos con diez mil voces si las tuvieramos), se hace reo del crimen que la democracia en particular debe condenar con el mas enérgico anatema.

El triunfo de ninguna opinion, gracias á la Providencia, no puede proceder de una puñalada. El golpe se desvía siempre contra su direccion, é hiere la causa que se propone servir. Asesinando al último Valois, un ligüero cree hacer triunfar la liga, y contribuye precisamente al triunfo del protestantismo. Sacrificando al príncipe de Orange, cree España sofocar la sublevacion de los Países-Bajos, y aquel dia asegura la independencía de la Holanda. Hiriendo mortalmente á Gustavo en un baile de máscaras, la aristocracia sueca cree reconquistar la libertad, y al dia siguiente cae sujeta á un despotismo mil veces mas odioso que el de Gustavo. Dando de puñaladas al agente de la guillotina, Carlota Cor-

day cree ahogar el terror en el baño sangriento de Marat, y arrastra al suplicio tras ella interminable procesion de víctimas. Una idea que se arma del puñal asesino, tiene en la mano, como la esposa de Macbeth, una mancha indeleble que todos los perfumes de Arabia no pudieran labar. El asesinato ha desafiado á la moral, y esta para castigarle le ha condenado á la impotencia.

IX.

Pero no es tan solo al asesino á quien la pena de muerte en materia política quiere castigar, sino tambien y muy especialmente al conspirador, al hombre con frecuencia generoso, que cree poder adelantar la hora, y que se figura que un gobierno que no está preparado para la lucha se rinde con la facilidad de una fortaleza sin defensa. Y bien: ¿qué habrá logrado el gobierno llevando al conspirador á la guillotina? ¿Habrá cimentado mas robustamente su autoridad con el espectáculo de aquella tragedia?

Un hombre ha conspirado, y ha sido condenado á muerte. Es jóven, padre de familia, y goza de popularidad á causa de su talento y de la abnegacion con que sirve á su partido. ¿Han previsto esta hipótesis los que nos gobiernan? Seria muy conveniente, cuando se condena á un hombre á la última pena, tener en consideracion estas circunstancias casuales, procurando que la víctima sea un delincuente sin familia y sin ninguna clase de celebridad; porque la familia y la celebridad, llevan consigo algo que desprestigia la cuchilla, segun puede leerse en cada una de las páginas de la Revolucion.

Por fin se firma la sentencia, suena la hora, y está vestido el reo con el último traje. Desde el amanecer, á la dudosa claridad del crépusculo, un hombre que no encontramos nunca, y que nunca quisiéramos encontrar en nuestro camino, ha levantado misteriosamente en alguna de las encrucijadas de las afueras el lúgubre cadalso.

En el dia el suplicio se reviste de bastante modestia. Tanto como antiguamente buscaba la publicidad, tanto actualmente busca la sombra y el misterio.

La multitud es numerosa, demasiado numerosa tal vez. De improviso, entre las filas oprimidas y silenciosas de aquella muchedumbre, recogida en sí misma y con la cabeza inclinada como por el peso de un remordimiento, vése un carro que se adelanta pausadamente. Soldados de caballería, sable en mano y con las carabinas cargadas le sirven de escolta.

X.

Sobre aquel carro aparece un hombre, con el pecho desnudo y las manos atadas á la espalda. Los pocos cabellos que las tijeras no han podido cortar, ondean al viento cubriendo su pensativa frente. El hálito de Dios será siempre beneficioso para el hombre que va á morir. Aun hay en el aire una caricia para aquel rostro inundado de sudor, que ninguna mano amiga pudiera ya enjugar.

El sentenciado abarca con rápida mirada la corta distancia que separa su cabeza de aquel palo que le está cubriendo con su sombra, y que lleva suspendido en su estremidad el último minuto de una existencia.

Y en este momento supremo, reuniendo con un postrer esfuerzo la vida que vá á escapársele, para mostrarse firme delante del verdugo, y comprimiendo en su corazón la lágrima que quiere, pero que no debe verter, porque es preciso que muera tal como se muere por una noble idea, fija los ojos en el lejano horizonte, cual si en su pensamiento llamase al porvenir en su auxilio.

Mil diversas emociones le hacen estremecer hasta la médula de los huesos, y todas estas emociones nacidas del fondo de su alma, se reflejan en la palidez de su semblante, como helados desvarios de un moribundo, ofreciendo un espectáculo desgarrador. Al contemplar á aquel hombre, hermoso entre todos con la belleza que la convicción ostenta siempre á la hora del suplicio, preguntará un curioso: «¿Qué crimen ha cometido ese hombre?» Y no faltará tal vez quien conteste: «El mismo crimen que Washington.»

En tanto sigue rodando el carro. Llega por fin al pié de la guillotina. Dos hombres, el sacerdote y el paciente, suben la escalera, y allí, sobre la báscula, el sentenciado, en pié por la postrera vez, envía su último adios á la multitud.

¿Habeis reflexionado alguna vez, oh, gobernantes, habeis reflexionado sobre este episodio? ¿Habeis adivinado que este adios resonará largo tiempo en los desgarrados pechos de los espectadores?

Pasado breve rato, resuena un golpe seco en lo alto de la plataforma; se oye un murmullo, y todo queda en el mas profundo silencio.

Nadie podría decir lo que ha visto, porque miraba con húmedos ojos, como á través de una espesa niebla.

Por aquella escalera que dos hombres subian hace poco, uno solo ha bajado, un fantasma negro, que tomara cualquiera por la sombra del

ajusticiado. El reflejo de la muerte está impreso en su fisonomía. Es el verdugo.

Tal es la escena que el pueblo acaba de presenciar.

XI.

Al dia siguiente los ayudantes del ejecutor se llevan las maderas ensangrentadas, y lavan con esponjas las manchas del sacrificio.

El mas absoluto silencio será recomendado sobre el sangriento drama que ha tenido lugar, porque hay ciertos recuerdos que es preciso despertar lo menos posible, para no hacer demasiado duradera la emocion popular. Únicamente se verá cada dia pasar por el sitio en que se llevó á cabo la ejecucion una mujer vestida de luto, conduciendo un niño de la mano, y señalándola con el dedo, dirá alguno en voz baja: «¿Veis esa mujer eternamente vestida de negro? Es la viuda del que está prohibido nombrar.» Y á cada paso ella despertará un suspiro de conmiseracion. La conspiracion involuntaria de los suspiros es tal vez la mas peligrosa en nuestro pais.

Ahora bien: puesta la mano sobre el pecho, y en presencia de la historia, ¿creeis que esta tragedia representada en medio de la plaza pública ha fortalecido el poder? ¿Creeis que pesando en su mano la cabeza de un sentenciado político, puede el gobierno contar un siglo mas de vida? Tambien lo creia la Restauracion cuando, despues de la batalla de Waterloo, vino á continuar la partida que dejara pendiente la Legitimidad.

Labédoyere, lo reconocemos, habia cometido una traicion; pero una traicion por entusiasmo. Fué condenado á muerte. Su esposa se arrojó á las plantas del rey, pidiéndole el perdon del condenado.

Luis XVIII la levantó con la sonrisa en los labios. «Mandaré decir misas, contestó, por el descanso eterno de vuestro marido.» Y siguió su camino.

A la mañana siguiente, un coche fúnebre conducia el cadáver de Labédoyere.

Luego le tocó el turno al mariscal Ney. Este tambien habia sido un traidor, en el rigor de la palabra. Pero su traicion, ¿no tenia acaso alguna disculpa?

La mujer de Ney solicitó el perdon de su marido. El rey no quiso darla audiencia, y ella fué á implorar á la duquesa de Angulema. La prisionera del Temple la contestó con una mirada de cólera.

Al despuntar el nuevo dia, detrás del Luxembourg, al pié de una

muralla, una compañía de granaderos fusilaba al hombre intrépido que tantas veces les había guiado á la victoria.

XII.

Estos dos personajes, á lo menos, habian cometido un delito político, previsto y castigado en el Código penal. Pero, ¿qué crimen habian cometido los gemelos de la Réole. Acusados por un motivo, encarcelados por otro, juzgados por una causa y condenados por otra distinta, tuvieron que seguir juntos el camino del suplicio. Nacidos en el mismo dia, ingresados á un tiempo en la Constituyente, los dos murieron á la misma hora, con la frente alta como dos mártires de la Revolucion.

Mientras marchaban al suplicio, vestidos de blanco, y dándose la mano, una calcetera legitimista gritó desde la ventana de su palacio, agitando en el aire su pañuelo: «¡ Viva el rey! » Pocos minutos despues, los dos hermanos, con los brazos cruzados sobre el pecho, recibian á quemarropa la descarga de un peloton de infantería.

Ambos cayeron; pero tan solo uno habia muerto: el otro no estaba sino herido. Un soldado fué á rematarle, disparándole su fusil, y el alma del último gemelo voló á reunirse en el camino del cielo con aquella otra alma de quien desde el seno de su madre no se habia separado jamás.

El terror blanco precipitó luego las ejecuciones como las detonaciones de una descarga. El ejército, particularmente, fué el que derramó su sangre, en espacion sin duda de la sangre del duque de Enghien. La pena de muerte, divagando por el espacio, al azar, al capricho, cae sobre la cabeza de unos veinte generales, elegidos por la muerte con el objeto de reducir el ejército. Los unos perecen, los otros se escapan; pero todos manifiestan odio eterno hácia la Restauracion.

El vapor de la sangre embriaga á la Vendée, cuando á su regreso de la emigracion vuelve á pisar el suelo de la Francia á la retaguardia de Blücher. La guillotina misma no basta á saciar su rabiosa sed de venganza.

Un diputado presentó entonces una proposicion, solicitando restablecer la horca: «No ha de hacer falta en ninguna parte, decia, una cuerda para cumplir la sentencia.»

XIII.

Luego crece la yerba sobre la fosa de las víctimas: la Restauracion reina en paz en el pais. Pero hé aquí que cierto dia, despues de quince

años de opresion, el pueblo de París sitia de nuevo el palacio de las Tullerías. ¿Quién podria decir cuánto el recuerdo del terror blanco contribuyó á la Revolucion de Julio?

Cuando un monarca escala el trono pasando por encima de un solo cadáver, su reinado es maldito: *Sacer esto*. La víctima cayó sobre el lugar del sacrificio; pero una mano invisible ha plantado allí una cruz negra. La tierra, es verdad, ha embebido la sangre; pero la sangre fermenta en la sombra: un dia el transeunte oye salir de la tierra, primero un débil suspiro, despues un ligero gemido, y últimamente un grito terrible como el estallido del trueno, al propio tiempo que se levanta el espectro de una nueva revolucion.

Por esto Luis Felipe, al subir al carcomido trono de la Restauracion, juró interiormente no regarlo jamás con sangre humana. Si la pena de muerte, en materia política, se mantuvo aun escrita en una página odiosa del Código penal, él la abolió de hecho, negándose sistemáticamente á firmar la sentencia de muerte de ninguno de los conspiradores. Luis Felipe ha podido perder su trono; pero al menos le acompañó en la emigracion el consuelo de pensar que no tendrá que rendir cuenta á la historia de la cabeza de un solo hombre.

El dia de su destronamiento, once hombres de buenas intenciones, á quienes la tempestad revolucionaria habia confiado el poder, penetraron en el *Hotel-de-Ville*, para probar una vez mas si el pueblo francés era digno de la república, y despues de proclamado el principio de la soberania nacional en toda su estencion, le dieron por escolta de honor la abolicion de la pena de muerte en materia política. Una vez cumplido este acto de magnanimidad, aquellos hombres, impulsados por un ímpetu irresistible del corazon, se abrazaron en silencio, derramando lágrimas, porque sentian que acababan de ejecutar una buena obra. Puede que posteriormente hayan sido objeto de irrision; puede que los hayan ultrajado en su derrota; pero no dejarán de tener por eso la gloria de haber contribuido á la exaltacion de la dignidad humana, rompiendo la cuchilla del verdugo, y arrojando tan lejos el mango, que ninguna mano podrá encontrarlo, ni se atreverá á recogerlo.